

EL SENTIDO RELIGIOSO en la POESIA ESPAÑOLA CONTEMPORANEA

Por CARLOS E. MESA, C. M. F.

Allá por tierras de Avila, tierras de pan llevar, de parameras altas, de zonas pedregosas y también de pinares combatidos por el batallón de los vientos se acurruca un pueblecito labriego que antaño labraba sus campos con el arado romano y ahora los está hendiendo con tractores de Norteamérica. El pueblecito merecería la perpetuidad de una linda acuarela azoriniana. Y desde hace algunos años, cada 24 de noviembre, siente cómo su monotonía y su sueño de siglos quedan turbados repentinamente. En la aldea no se oía más rumor que el de sus vientos galopantes, los vientos gélidos de la alta Castilla, el de los escolares que en Castilla como en Antioquia canturrean sus tablas de multiplicar y el de las campanas de la torre, vecinas de las emigrantes cigüeñas, que a los despuntes del alba tañen para la liturgia y a boca de noche dan el toque de ánimas.

Y he aquí que de pronto un autocar lujoso irrumpe con su motor trepidante en la plaza aldeana. Bajan de él cincuenta o más forasteros de irreprochable atuendo ciudadano. Y un monaguillo de roja sotana y blanca sobrepelliz que desde la puerta de la iglesia atisba, se pone a gritar: Señor Cura, ya llegaron los poetas... Las campanas de la iglesia voltean alocadas, y del casino principal salen unos señores, todos ellos de labriega estampa, curtidos y quemados los rostros, vestidos de negro y no pocos de felpudo abrigo, saludan a los visitantes con cierto austero comedimiento y todos en grupo se dirigen al templo de la aldea. Estamos en Hontiveros, es día 24 de noviembre y la Iglesia católica celebra la festividad de un hijo ilustre del pueblo que se llamó Juan de Yepes o San Juan de la Cruz. De Madrid ha llegado un grupo de poetas, oriundos de muchas provincias de España, que han venido a Hontiveros a dedicarle un homenaje al que con palabras de Dante a Virgilio podrían llamar:

Tu Duca, tu Signore e tu Maestro...

Poco después, de la iglesia, sale en procesión la estatua de

Juan de la Cruz seguida por frailes de capa blanca; cargan sus andas los poetas de España, lo rodean poetas y campesinos, lo detienen en cada esquina para ofrecerle incienso y poesías y finalmente acaban las fiestas con sesión literaria en el ayuntamiento pueblerino y libaciones de un vino de las viejas bodegas de Castilla que enciende la sangre, el alma y la inspiración.

Muchas veces he pensado que este anual homenaje sacro-literario al frailecito de Hontiveros, que supo volar y cantar tan alto, es todo un símbolo y un síntoma del rumbo religioso que ha tomado en estos años la poesía española.

No voy a decir, porque soy enemigo de las simplificaciones excesivas, que todos los poetas de la España de hoy cultivan la poesía específicamente católica o siquiera religiosa; pero sí es posible asegurar que en las letras españolas de los últimos 25 años se ha registrado un marcado viraje hacia lo religioso y hacia los más inquietantes problemas del espíritu.

España como es sabido, forjó en los más bellos tiempos de su historia una cultura literaria de signo católico y en gran parte de procedencia clerical. Los representantes más egregios de la literatura española o fueron cristianos, óptimos creyentes y en gran parte practicantes, como Cervantes o Quevedo, o fueron hombres consagrados a Dios en el claustro o en el sacerdocio, como Granada, León, Góngora, Lope de Vega, Calderón de la Barca, Juan de la Cruz o el Padre Gracián. La historia es esa.

Pero el catolicismo español ha sufrido, de dos siglos y medio acá, ciertas complejas crisis que sería largo no ya historiar y dilucidar sino simplemente reseñar, y lo cierto es que algunas de las más descoliantes figuras de la cultura española del último siglo, y desde luego las más afamadas y exaltadas en el extranjero, o vivieron al margen de lo religioso o hicieron profesión paladina de laicismo y aún de heterodoxia. Baste recordar a los grandes maestros o santones de la Institución libre de Enseñanza, a sus hijos los del 98 y a no pocos de la generación siguiente. Sólo el que ha vivido en España durante estos últimos años y bajo un régimen oficialmente católico puede saber lo vivo, lo agresivo y lo ulcerado que pervive en millares de universitarios el magisterio o el ejemplo de Baroja, de Unamuno o de Ortega.

Claro está que también hay un grupo nutrido de seguidores y admiradores de Donoso Cortés, cuya doctrina es cada día más apreciada y estudiada en Alemania y Francia; de Jaime Balmes, muy menospreciado por petulantes muchachos de hoy al paso que en círculos católicos de Alemania se le profesa grande admiración; de don Marcelino, a quienes algunos hombres de cenáculo, quizás con la intención de neutralizar el influjo de José Antonio, pretenden elevar como maestro de las nuevas posturas políticas que ellos propician para España; de Maeztu, que empezó como guión del 98 amargado y acabó como esperanzado hispanista católico y martir de Cristo y finalmente de Eugenio D'Ors, descubridor y definidor de un vasto mundo culturalista.

Esa oleada de laicismo o de indiferencia religiosa, según los casos, alcanzó a reflejarse también, y ello era ineludible, en la poesía española de la época. Veámoslo brevemente en los que podríamos llamar los cuatro poetas del 98: Antonio Machado, Manuel Machado, Miguel de Unamuno y Juan Ramón Jiménez.

Antonio Machado es una de las voces líricas más limpias, puras y estremecedoras de toda la poesía española. Fue poeta de su tierra, de su paisaje por él cantado con tanta sobriedad y de su España, sentida por él con angustia a tono con los hombres de su generación.

Su magisterio, su modalidad poética, su influjo son patentes en ancha zona de la actual poesía española. Recuerdo que un universitario, amigo mío de Madrid, me decía con cierta punzante picardía: Mis dos grandes poetas son San Juan de la Cruz y San Antonio Machado.

Es mucho lo que en estos años, a raíz de la adhesión de Antonio a la España roja y de su muerte en un campo francés de concentración, se ha discutido sobre el poeta, su vida, sus amoríos con doña Guiomar, misteriosa madrileña para él inasequible, su trayectoria íntima y lírica y la que podríamos llamar su peripecia espiritual.

A quien desee bucear en esta alma me permito remitirlo a dos estudios notables: **Antonio Machado: su mundo y su obra**, por Segundo Serrano Poncela y **Esperanza y desesperanza de Dios en la experiencia de la vida de Antonio Machado**, éste último escrito con sentido católico, por el catedrático José Luis Aranguren. La conclusión de Aranguren es la siguiente: Antonio Machado, como él mismo escribió, tenía "un alma siempre en borrador, llena de tachones, de vacilaciones y de arrepentimientos". Si por religiosidad se entiende una preocupación constante y profunda por el origen, destino y paradero final del ser humano, y por el problema de Dios, sin duda fue un hombre verdaderamente religioso. Si por religiosidad se entiende la fe en un Dios trascendente, su peregrinar espiritual consistió en un fluctuar entre escepticismo e inconcreta creencia, entre desesperanza y esperanza. Católico, nunca lo fue. Acaso habría llegado a serlo. El no era hombre, ciertamente, para convertido por teólogos, apologistas o predicadores; pero por el ejemplo de una mujer piadosa, provinciana y amada, tal vez sí. Yo no puedo olvidar aquellos seis versillos de las nuevas Canciones:

"En Santo Domingo
la misa mayor.
Aunque me decían
hereje y masón,
rezando contigo
cuánta devoción!"

Nada ni nadie, como su esposa, le acercó a Dios. Muerta ella, después, con el paso de los años, se le fueron enterrando memoria y esperanzas. Y un día, en tierra extraña, murió. Qué aconteció aquel día, en el alma de Antonio Machado? Un personaje de **Las Adelfas** dice:

“Morir, Araceli, es irse
cada cual con su secreto...”

También Antonio Machado se llevó su secreto”.

Serrano Poncela llega a conclusiones a mi parecer más radicales y desoladoras sobre la escasa y fría religiosidad del poeta. “Machado, dice, nunca fue una conciencia religiosa profunda, ni en él se dramatizó como pura vivencia la correlación entre el hombre y la Divinidad. ¿Razones para ello? Quizás el proceso formativo de su personalidad; quizás el resultado de su propia evolución pensante que habría de abocar en un humanismo que no trasciende más allá del hombre, en lo que se denominaría un humanismo ateo. Entre su educación al calor de la Institución libre de Enseñanza y el descubrimiento de Heidegger se extiende toda la vida intelectual del poeta. En medio, Leibnitz y Bergson. Y a su alrededor una generación, producto del positivismo, más preocupada por lo histórico temporal español que por sus esencias religiosas; dispuesta a europeizarse regionalizando lo más posible el hirsuto (sic) entendimiento ibero... En la poesía de Machado se da el tema de Dios; pero viene proyectado desde fuera sin temor ni temblor. Todo lo más como una necesidad dialéctica, requerida por la totalidad cultural en cuya atmósfera respira el poeta. No hay en él la emoción soterrada del hijo pródigo que vuelve al lar paterno... No hay tampoco hondas crisis vitales, terremotos íntimos, salvo la muerte de su esposa, único instante en que parece dibujarse un acercamiento sentimental a la creencia, pronto apagado”.

En sus últimos años Antonio Machado simplificó aún más sus procedimientos poéticos y nos dejó su alma en el cristal y en el temblor de unos cantares y proverbios epigramáticos en que puede sospecharse el rumbo de su corazón. El sufrir amargado y el pensar escéptico cuajan en gotas como éstas:

“En mi soledad
he visto cosas muy claras
que no son verdad...”

“Hora de mi corazón,
la hora de una esperanza
y una desesperación...”

Y dos cantares en que habla del **despertar**, con sentido misterioso. ¿Despertar a qué? A la verdad absoluta? a la revelación del más allá?

“Tras el vivir y el soñar,
está lo que más importa:
despertar.

Si vivir es bueno,
es mejor soñar,
y mejor que todo,
Madre, despertar...”

Para Antonio Machado, según revela uno de sus más conmo-

vedores poemas, tener a Dios fue tan solo una ilusión que él llama “bendita...” De ahí sus estrofas henchidas de sentido y de nostalgia.

“Anoche cuando dormía
soñé —bendita ilusión—
que una fontana fluía
dentro de mi corazón.
Dí, por qué acequia escondida
agua, vienes hasta mí,
manantial de nueva vida
de donde nunca bebí?

Anoche, cuando dormía
soñé —bendita ilusión!—
que una colmena tenía
dentro de mi corazón;
y las doradas abejas
iban fabricando en él,
con las amarguras viejas,
blanca cera y dulce miel.

Anoche cuando dormía
soñé —bendita ilusión!—
que un ardiente sol lucía
dentro de mi corazón.
Era ardiente porque daba
calores de rojo hogar,
y era sol porque alumbraba
y porque hacía llorar.

Anoche cuando dormía
soñé —bendita ilusión—
que era Dios lo que tenía
dentro de mi corazón...”

Como poeta, Antonio Machado es dignísimo de admiración perdurable; como cristiano, dignísimo de compasión, porque la merece, en verdad, un hombre habitado por la desesperanza y en cuyo corazón Dios se reduce a un **soñé** y a una ilusión...

Hermano de Antonio, Manuel Machado fue asimismo hombre del 98, aunque él alguna vez lo controvirtiera. Y lo fue por su credo estético, el modernista, y también, aunque más fugaz y levemente, por su sensibilidad frente a las cosas de España. Dos fueron los caminos de Manuel para arribar al secreto manantial de su sentimiento poético: la vía culta, la poesía de su tiempo, y la senda popular, la poesía de su pueblo.

Lírico de su tiempo, es decir, modernista, apeteció la belleza rara e infinita y nos dejó de sí dos fotografías: **Adelfos** y **Retrato**.

En **Adelfos** hay estrofas como éstas que nos dicen lo que fue su juventud:

“Ambición! No la tengo. Amor! No lo he sentido.
No ardí nunca en fuego de fe ni gratitud.
Un vago afán de arte tuve... Ya lo he perdido.
Ni el vicio me seduce ni adoro la virtud.

Nada os pido. Ni os amo ni os odio. Con dejarme
lo que haga por vosotros hacer podéis por mí.
Que la vida se tome la pena de matarme,
ya que yo no me tomo la pena de vivir...”

En **Autorretrato** se dibuja así:

“Esta es mi cara y esta es mi alma. Leed:
unos ojos de hastío y una boca de sed...
Lo demás... nada. Vida... Cosas... Lo que se sabe.
Calaveradas... Amoríos... Nada grave.
Un poco de locura, un algo de poesía,
Una gota del vino de la melancolía...”

Tales son sus versos cultos. Pero Manuel Machado fue también poeta de su pueblo. El se definió “medio gitano y medio parisién...” Al decir gitano, quiere decir **Andalucía**. El hizo un libro de “Cante Hondo”...

Más que la belleza absoluta, él anheló el bien infinito:

.. “Llorando, llorando,
nohecita oscura, por aquel camino
la andaba buscando...”

Cantó también ese tema inagotable de poesía que es la fugacidad de los bienes:

“Toito se acaba:
la salud, la alegría, el dinero
y la buena planta...”

Cantó la luz que pone en el alma el amor cuando alguna vez lo consiguen los hombres de la tierra:

“Eres como el sol:
cuando tú vienes se hace de día
en mi corazón”.

En algunos momentos, Manuel Machado llegó a ser poeta universal, es decir, para todas las almas y para todos los tiempos y fue entonces, precisamente, cuando dió la nota religiosa.

De joven, y mirándose por de fuera, según hemos visto, él sorprendía en sí mismo:

“Unos ojos de hastío y una boca de sed”,

que pueden ser la mejor preparación para el encuentro con la plenitud divina, como lo fueran el hastío y la sed de San Agustín.

Ya mayor, a sus cuarenta y ocho años, expresó su estado de alma en este endecasílabo prodigioso, que resultó profético:

“Lleno estoy de sospechas de verdades”,
como anteriormente había deseado para sí:

“Una creencia antigua en cosas inmortales
que nos permita un inocente “yo sé”...”

Hay un estudio de Dámaso Alonso, tan penetrante y bello como todos los suyos, que se titula “Ligereza y gravedad en la poesía de Manuel Machado”. Y es que parece como si Manuel Machado reflejara o pintara exterioridades y lo que nos da es el alma de las cosas por el camino de la evocación o del anhelo. Y nos da su alma a través de las cosas. Este hombre, este andaluz corrido y verleniano parece que juega, parece que ríe. En realidad, llora. Manuel Machado, concluye Dámaso Alonso, es profundamente significativo, profundamente grave, profundamente triste: expresa la gravedad por medio de la ligereza. Imposible prescindir de un poemita suyo que para mí es de lo más ceñido, sobrio y sugerente que conozco. Uno de esos poemitas que por su concisión son intangibles.

—Hijo, para descansar
es necesario dormir,
no pensar,
no sentir,
no soñar...
—Madre, para descansar,
morir”.

El caso de los hermanos Machado es, a mi parecer, el más desgarradoramente simbólico de la tremenda escisión de España en todo el período turbulento de la segunda república española y de la subsiguiente contienda del 36 al 39.

Al estallar el movimiento en julio de 1936, Antonio quedó en la zona roja, sirvió de banderín político, hizo versos a los generales que se declararon de parte de Prieto y de Negrín y, salido de España por la frontera pirenaica, fue a morir solo en un campo de concentración de Francia.

Manuel quedó en la zona nacional, cantó los ideales del movimiento que acaudillaron José Antonio y Franco y tuvo del cielo la oportunidad de una conversión integral a la fe de sus primeros años. De ello, como auténtico lírico, dejó testimonio en sus “Horas de oro” que él mismo definió “devocionario poético”. “En mí, escribe el poeta, se ha dado la historia de España como una corriente que pasara por mi corazón”. En el centro de ese libro hay una página introductoria a los poemas religiosos que es todo un símbolo de la actitud de los poetas contemporáneos. “Una de las características de la España que se está recobrando es la exaltación del sentimiento religioso”. Y añade: que esta piedad cristiana será “el fermento íntimo y poderoso que unirá indisolublemente a todos los españoles dignos de tal nombre”. En sus poesías de la última época hay un grupo de sonetos emocionados y cálidos de fe y confianza en Dios que se agrupan bajo

el título: **Dómine, ut videam**, que es el grito angustiado del ciego ansioso de luz y de visión, de que nos habla el Evangelio.

En la revista **Razón y Fe** quedó historiada la trayectoria del poeta hacia Dios a través de los apuntes íntimos que él fuera tomando durante esos días de gracia. Guía suyo de esa hora fue el Padre Zameza, insigne misionólogo de la Universidad Gregoriana, que como buen conocedor de los dos geniales conversos San Agustín y San Ignacio, tuvo palabras de luz soberana para este poeta con ojos de hastío y boca de sed...

Y digamos ya de Unamuno. Su caso espiritual es de los más patéticos, así como su actitud y sus gesticulaciones las juzgamos abiertamente peligrosas para la juventud en período de formación y realmente perniciosas, según lo está demostrando el descarrío ideológico patente en no pocos universitarios de la España de hoy.

Aranguren, a quien algunos encasillan en el grupo de los católicos que en España han dado en llamar **comprensivos**, dice en su libro "**Catolicismo día tras día**": "Hay que rechazar la construcción realmente insostenible y desquiciada de un Unamuno católico. Todos, comprensivos o excluyentes, estamos de acuerdo en la heterodoxia de don Miguel. Su vida religiosa de perpetuo agonista y agonizante en torno al problema de su propia inmortalidad, puede según el profesor Laín Entralgo, compendiarse en cuatro etapas sucesivas:

1ª Cuando muchacho, sincera y devota fe católica. Incluso pensó en el sacerdocio, y José María Pemán ve en esta gracia resistida el secreto quizás de su tragedia espiritual de siempre.

2ª En la adolescencia, una crisis religiosa hondamente vivida:

3ª En los años de mocedad un fugaz optimismo cientifista;

4ª Y finalmente, una religiosidad íntima, subjetiva, agnóstica, más para el canto que para la expresión teológica, hecha de agonía dubitante y de cristianismo dolorido y antidogmático. El mismo hablaba de su poesía como declaración religiosa. "Esos salmos de mis poesías... son mi religión, y mi religión cantada y no expuesta lógica y razonadamente. Y la canto mejor o peor, con la voz y el oído que Dios me ha dado, porque no la puedo razonar".

Dos son los grandes temas poético-religiosos de Unamuno: la inmortalidad y Cristo. En uno de sus "Salmos" compuesto hacia 1907 dice:

"Quiero verte, Señor, y morir luego,
morir de todo;
pero verte, Señor, verte la cara,
saber que eres,
saber que vives".

Unamuno tiene una cristología poética, por así decirlo. Ya es sintomático que este hombre agonista prefiera al Cristo agonizante, dolorido, humillado, yacente. Hablando del Cristo de Santa Clara de Palencia, dice: "Porque este Cristo de mi tierra es tierra..." al paso

que su celebrada poesía al Cristo de Velásquez, tejida de reminiscencias bíblicas, es considerada como la culminación de toda su obra poética.

No falta en ésta cierta nota extrañamente mesiánica y apocalíptica. Así en su libro "**De Fuenteventura a París**" se encuentra este título: "Contestando a la llamada del Dios de España que tiene su trono en Gredos..." Ideológicamente descarriado, innegablemente heterodoxo, Unamuno es entre los hombres del 98 el que pone en su vida y en su obra más palpitación religiosa.

Juan Ramón Jiménez nació en Moguer el 24 de diciembre de 1881; estudió el bachillerato en el Colegio de Jesuítas del Puerto de Santa María, en Cádiz; en Sevilla cursó la carrera de derecho, empezó a publicar a los catorce años en revistas de Andalucía, llegó al mundo literario de Madrid en 1899 y publicó su primer libro en 1900. Cronológicamente se da la mano con los poetas del 98. Juan Ramón es andaluz de nacimiento y de alma. En su poesía estremecida de aire y de luz se ha copiado el paisaje con todos los cromatismos de su cielo, su aire, su mar, sus colinas natales. ¡Cuánta sensibilidad, cuánta suave melancolía, cuánta tibia ternura humana en la melodía ondulante de sus versos de la primera etapa! Cuánta depuración, cuánta perfección intangible en sus últimas concreciones líricas.

Hacia 1916 Juan Ramón nos canta así su inquietud:

"Siento que el barco mío
ha tropezado allá en el fondo
con algo grande.

Y nada
sucede! Nada. Quietud... olas...
Nada sucede ¿o es que ha sucedido todo
y estamos ya, tranquilos, en lo nuevo?"

Uno quisiera que esta manifestación se refiriera a algún fenómeno interior proyectado hacia lo divino. Pero aquí, lo nuevo, es su logro estético. Es el verso, desnudo, exacto, gloriosamente acabado como una flor milagrosa.

"No le toques ya más
que así es la rosa".

En menos de cuarenta años Juan Ramón ha conseguido dos de las cuatro dimensiones humanas: Juan Ramón es humano y es poeta; pero no es metafísico, no es divino. El no ha sido capaz o no ha querido crearle a su poesía el soporte de una estructura ontológica. No es un lírico metafísico como Calderón, ni ha llegado a estremecerse al paso de Dios por la creación como Luis de León o San Juan de la Cruz.

Para despejar el binomio: Juan Ramón-Dios hay que mirar a tres factores: Una fe religiosa que ciertamente tuvo, como la tuvieron Unamuno y Ortega, alumnos también de los jesuítas. Una armazón racional que le hería: Juan Ramón es por temperamento, an-

tiescolástico. Y no sabe uno que pudieron decirle a este poeta exquisitamente sensible las leyes y los cánones de su carrera universitaria. Finalmente hay que mirar a su sensibilidad, que tanto ha mariposeado sobre las bellezas del camino.

“Hojita verde con sol,
tú sintetizas mi afán,
afán de gozarlo todo,
de hacerse en todo inmortal...”

Juan Ramón que ha cantado, quizás como nadie, el espíritu errante de la tarde, que ha besado el crepúsculo y lo ha hecho lejanía de su interior, que ha esperado el milagro en la noche alta, que ha dialogado con las lejanísimas estrellas, ¿no juntará las manos para esperar el amanecer o para el despertar definitivo?

Lo cierto es que en todo su poemario, tan delicioso, tan ideal, sólo se encuentra un cromo poético cristiano sobre **La Anunciación** que parece una glosa lírica a un cuadrito de Fra Angélico.

Parece, por ciertos mínimos brotes, que Juan Ramón piensa cada vez más en Dios. Pero no se atreve a llamarlo por su nombre. Lo llama **Belleza**. Confunde el don con el Dador, lo subjetiviza como su conciencia de lo hermoso, se diluye en un gaseoso panteísmo.

“**Animal de fondo**”, publicado en 1949, es un canto de todo lo humano que le grita que Dios está en el fondo de cada una de las cosas, pero que ellas no son Dios. Una de sus estrofas, intensamente significativas, dice:

“Dios del venir, te siento entre mis manos:
aquí estás enredado conmigo, en lucha hermosa
de amor, lo mismo
que un fuego con su aire...
No eres mi redentor ni eres mi ejemplo,
ni mi padre, ni mi hijo, ni mi hermano;
eres igual y uno, eres distinto y todo;
eres dios de lo hermoso conseguido,
conciencia mía de lo hermoso...”

A esto se reduce, hoy por hoy, la religiosidad poética del gran lírico Nóbel. Pero todavía podemos confiar. Juan Guerrero, un joven literato español recién fallecido, le dirigió en una de las últimas nochebuenas un mensaje a Juan Ramón, que dice así: “Querido Juan Ramón: Tiene usted en su casa a la poesía, don celestial incomparable, tiene usted un anhelo infinito de totalidad, de eternidad, todavía no cumplido. Toda su ansiedad quedará cumplida cuando tenga consigo a Dios. Dios que está en los cielos y en la tierra para cuantos creemos en El. Ojalá que Dios Niño y España Madre encuentren en esta nochebuena los caminos abiertos para llegar hasta su inmenso corazón”.

En la poesía del 900 hubo una reacción tradicional representada por dos poetas que en sus días conocieron una ancha y difusa

popularidad en el mundo hispano-hablante: fueron ellos José María Gabriel y Galán cuenta con muy escasas simpatías. Lo consideran cotizados.

Gabriel y Galán, nacido en el pueblecito salmantino de Frades de la Sierra en 1870, es decir, once años antes que Juan Ramón, fue maestro de aldea y publicó su primera obra: **Castellanas** en 1902, es decir don años después que el gran lírico de Moguer. Son, pues, contemporáneos. Su poesía **El Ama**, premiada con la flor natural en los juegos florales de Salamanca de 1901, le otorgó la popularidad y la devoción de los que gustan de la poesía clara, sencilla y elemental. Sus temas son los tradicionales, y como hombre de campo, cantó el hogar, la sementera, a los labriegos y gañanes, a los hombres y a las cosas de su tierra castellana. En sus obras completas hay una nutrida sección de poesía religiosa, pero en realidad su religiosidad está esparcida a lo largo de su copiosa obra. En sus versos hay sinceridad, claridad, emoción, olor a campo de verdad. Y hombre de gusto tan refinado y de ojos tan leídos como Unamuno apreció a este poeta, lo elogió y hasta lo aconsejó. Entre sus recomendaciones figuraba la de que se abriese generosamente a lo nuevo y fecundase su sementera poética con lectura de modernos tan sugestivos como José Asunción Silva. Y lo cierto es que en poesías de Gabriel y Galán como la llamada "**Sortilegio**" se advierte el influjo casi literal del poeta bogotano tan dolorosamente malogrado. De sus poesías religiosas las más favorecidas por el gusto popular son tal vez "El Cristo de Velásquez" que también inspiró a Unamuno, y la silva "A la definición dogmática de la Inmaculada".

No ocultaré que entre los poetas jóvenes de hoy, en España, Gabriel y Galán cuenta con muy escasas simpatías. Lo consideran como poeta de frailes anacrónicos y de la grey devota. Sin embargo, bastó que en una reunión de poetas hispanoamericanos celebrada en Compostela hace apenas dos años, Gerardo Diego estudiara y reconociera ciertos innegables logros poéticos del maestro salmantino para que los muchachos bajaran el tono despectivo y compasivo con que hablaban del autor de **Castellanas**, de **Extremeñas** y de **Campesinas**. Poesía tan fácil, tan suelta, tan corriente no les parecía tal a los autores de la poesía estrujada, aquilatada, cerebral y formalista que hoy se estila.

Lira de Bronce, el primer libro poético de Ricardo León, apareció en 1901. **Alivio de caminantes**, en 1912. Y al par y después de ellos una galería de novelas que fueron delicia de innumerables lectores y catalogaron a Ricardo León, según los críticos de la época, entre los cantores de la raza. Hoy su fama está notoriamente disminuída, y su estilo, que llegó a crear escuela, sabe a retórico y castizamente artificioso. Algunas de sus poesías religiosas son imitaciones hábiles y cálidas de las liras de San Juan de la Cruz; pero no se puede negar que a través de un decir arcaico y amanerado se traduce un alma ardientemente española y tradicionalmente cristiana.

Hacia 1920 irrumpió sobre España una nueva promoción poética, llamada de la **Dictadura**, que se acogió a los principios estéticos de Juan Ramón. Dámaso Alonso la ha estudiado con buen acopio de amor y de personal conocimiento. Fue una generación que no se alzó contra nadie ni se amparó bajo un mismo rótulo político. No se dió en ella una continuidad de técnica o de inspiración ni se reconoció, por no existir, el caudillaje lírico. A tal promoción quedaron adscritos Jorge Guillén, Pedro Salinas, León Felipe, Miguel Hernández, Rafael Alberti, Luis Cernuda, Vicente Aleixandre, García Lorca, Dámaso Alonso y Gerardo Diego. Fue la promoción de la **poesía pura**. La que sintió el anhelo de la expresión limpia, absoluta y única. Y fabricó su mundo poético en dolorosa lejanía de Dios, con algunas excepciones, como la de Gerardo Diego y posteriormente Dámaso Alonso.

Jorge Guillén prescinde casi por completo de Dios. Según él mismo reconoce, **Cántico** fue escrito sin ninguna idea religiosa previa. Algún precioso villancico de la primera edición se ha desvirtuado en la redacción definitiva de su **Cántico**. Pero también hay que reconocer en sus dos últimas ediciones atisbos de una humanísima inquietud, más o menos ortodoxa, por ciertas realidades trascendentales, como el dolor, la muerte, la injusticia. Y dos poemas emocionadamente cristianos: **Navidad** y **Sábado de gloria**.

Pedro Salinas, encerrado en su minucioso y obsesivo mundo erótico, apenas ofrece vislumbres de religiosidad.

León Felipe, lírico excepcional, hondo, desnudo, tiene a veces un profundo acento cristiano en potencia. Su poesía parece la de un hombre que busca a Dios, pero que no lo encuentra. Uno de sus poemitas, dice:

“Nadie fue ayer
ni va hoy,
ni irá mañana
hacia Dios
por este mismo camino
que voy yo.
Para cada hombre guarda
un rayo nuevo de luz el sol.
Y un camino virgen,
Dios...”

García Lorca, tan distanciado de Dios, hizo que su vena surrealista dedicara una “Oda al Santísimo Sacramento del Altar” y de Alberti nos quedan unos sonetos a la Virgen del Carmen, aunque en otros versos suyos, como en algunos de Cernuda, asoma la blasfemia de modo más o menos premeditado. De Cernuda conozco una poesía “Atardecer en la catedral” con cierto soplo de espiritualidad misteriosa.

“Tal un sueño de piedra, de música callada,
desde la flecha erguida de la torre
hasta la lonja de anchas losas grises,
la catedral extática aparece

toda reposo: vidrio, madera, bronce,
fervor puro a la sombra de los siglos.

Una vigilia dicen esos ángeles
y su espada desnuda sobre el pórtico,
florido con sonrisas por los santos viejos,
como huerto de otoño que brotara
musgo entre las rosas esculpidas.

Aquí encuentran la paz los hombres vivos,
paz de los odios, paz de los amores,
olvido dulce y largo donde el cuerpo
fatigado se baña en las tinieblas.

Entra en la catedral, ve por las naves altas
de esbelta bóveda, grata a los pasos
errantes sobre el mármol, entre columnas,
hacia el altar, ascua serena,
gloria propicia al alma solitaria.

Como el niño descansa porque cree
en la fuerza prudente de su padre;
con el vivir callado de las cosas
sobre el haz inmutable de la tierra,
transcurren estas horas en el templo.

No hay lucha ni temor, no hay pena ni deseo.
Todo queda aceptado hasta la muerte
y olvidado de la muerte, contemplando,
libres del cuerpo, y adorando,
necesidad del alma exenta de deleite.

Apagándose van aquellos vidrios
del alto ventanal, y apenas si con oro
triste se irisan débilmente. Muere el día,
pero la paz perdura postrada entre la sombra.

El suelo besan quedos sus pasos
lejanos. Alguna forma, a solas,
reza caída ante una vasta reja
donde palpita el ala de una llama amarilla.

Llanto escondido moja el alma,
sintiendo la presencia de un poder misterioso
que el consuelo creara para el hombre,
sombra divina hablando en el silencio.

Aromas, brotes vivos surgen,
afirmando la vida, tal savia de la tierra
que irrumpe en milgrosas formas verdes.
Secreto entre los muros de este templo,
el soplo animador de nuestro mundo
pasa y orea la noche de los hombres...

Uno de los poetas españoles de esta generación de 1920, que están alcanzando más nombradía es Miguel Hernández. En su fama es fácil que entren con igual fuerza estimulante, su altísima calidad poética y su travesía espiritual e ideológica. Como Antonio Machado, él tuvo la infausta suerte de quedar, cuando la guerra del 36, en la zona que se declaró enemiga de Dios y del Catolicismo y ambos fueron utilizados para el verso de soflama y la rimada arenga a los combatientes rojos. En el libro **"Viento del pueblo"** hay fotos en que Miguel aparece recitando en las trincheras. Miguel Hernández, nacido de padres labradores en Orihuela, en 1910, empezó como pastor y sólo disfrutó dos años de estudios escolares, los únicos de su vida. Elvio Romero, el prologuista de **"Viento del pueblo"** reconoce que Miguel se educó en la tradición de su familia, acendradamente católica, y hasta vestía los domingos el traje de monaguillo. Los maestros de este poeta autodidacto fueron Lope, Calderón, Góngora, Garcilaso; pero el que lo zambulló en el misterio y le dió tono de voz poética fue el exabrupto Quevedo. Un amigo, Ramón Sijé, prematuramente fallecido y por él eternizado en memorable elegía, le hace conocer la poesía de su tiempo, la del 98 y la de sus coetáneos, y publica versos de Hernández en la revista "Gallo Crisis" y prologa en 1933 su primer libro "Perito en lunas". Miguel Hernández inició su quehacer poético dentro de la más limpia convicción católica. Hace loas a la Virgen. Y en 1934 compone el auto sacramental "Quien te ha visto y quien te vió". Por entonces realiza su primera salida a Madrid, el Madrid alocado de los aires republicanos y allí, en las tertulias de los poetas descreídos y revolucionarios, naufraga su fe, heredada de cristianos antepasados pero desprovista de vetebración teológica o simplemente apologética. Un revolucionario americano de nombre González Tuñón refiere cómo discutía con Hernández, todavía católico de corazón, sobre la misión del artista en tiempos dealumbramiento y de pasaje. "Por ese entonces Miguel nos escuchaba atentamente, cuando discutíamos con nuestros amigos en casa de Neruda o en la Cervecería del Correo acerca de la doble función de la poesía en épocas de ruptura, de transición, en épocas revolucionarias. Un día, Miguel Hernández se puso resueltamente de nuestra parte. Miguel sabía, como nosotros, que estábamos en medio de la tempestad".

Consta que los sonetos religiosos compuestos por Miguel Hernández en sus primeros años de creación poética y de fe ingenua lograron que el Señor Cardenal de París, que los conoció por gestiones de Neruda, intercediera ante el General Franco para pedir la excarcelación de Hernández. Esta fue concedida y el poeta se preparaba ya a viajar a Suramérica, cuando una nueva delación motivó su reclusión en la cárcel de Alicante en donde murió el 28 de marzo de 1942.

"Adiós, hermanos, camaradas, amigos:
despedidme del sol y de los trigos..."

En sus últimos días Miguel Hernández recobró la fe de sus años primeros.

Dámaso Alonso, que ha estudiado con tanto amor y conoci-

miento las características de esta su generación, es también vigoroso poeta doblado de crítico sutil y delicioso. En su libro "**Hijos de la ira**" ha vuelto a invocar al cabo de muchos años, a la Virgen María y titula **Hombre y Dios** su último volumen poético en que hay sonetos henchidos un gran viento de espiritualidad y que parecen glosas líricas a las primeras meditaciones ignacianas.

En su poesía **Las Alas** Dámaso Alonso imagina y canta lo que responderá a su Dios en la hora del encuentro:

"Yo le diré: Señor, te amé...
Te traigo mis canciones.
Es lo que he hecho, lo único que he hecho.
Y no hubo ni una sola
en que el arco y al mismo tiempo el hito
no fueses Tú!

Yo no he tenido un hijo,
no he plantado de viña la ladera de casa,
no he conducido a los hombres
a la gloria inmortal o a la muerte sin gloria,
no he hecho más que estas cancioncillas:
pobres y pocas son.

Primero aquellas puras (es decir, claras, tersas)
y aquellas otras de la ciudad donde vivía.
Al vaciarme de mi candor de niño,
yo vertí mi ternura
en el librito aquel, igual
que una copa de cristal diáfano.

Luego dormí en lo oscuro durante muchas horas,
y solo unos instantes
me desperté
para cantar el viento, para cantar el verso,
los dos seres más puros
del mundo de materia y del mundo de espíritu.

Y al cabo de los años llegó por fin la tarde,
sin que supiera cómo,
en que cual una llama
de un rojo oscuro y ocre,
me vino la noticia, la lóbrega noticia
de tu belleza y de tu amor. Cantaba!

Rezaba, sí!

Entonces
te recé aquel soneto
por la belleza de una niña, aquel
que tanto
te emocionó.
Ay! Solo después supe
—es que me respondías?—

que no era en tu poder quitar la muerte
a lo que vive:
ay, ni tú mismo harías que la belleza humana
fuese una viva flor sin su fruto: la muerte.

Pero yo era ignorante, tenía sueño, no sabía
que la muerte es el único pórtico de tu inmortalidad...

Yo te he rezado mis canciones.
Recíbelas ahora, Padre mío.
Es lo que he hecho.
Lo único que he hecho"...

En esta promoción poética, llamada de la dictadura, hubo una voz que jamás, desde el principio, recató su inspiración y su vibración cristiana. Fue la de Gerardo Diego, uno de los primeros líricos de la España contemporánea. Hace algunos meses, Gerardo Diego, de excursión por la Rioja de Berceo y de la Valvanera, estuvo visitando el teologado claretiano de Santo Domingo de la Calzada en donde los alumnos de este viejo e histórico seminario publican una revista poética titulada *Uriel*, muy sensible a las modalidades estéticas de nuestros días. Diego departió amablemente con los seminaristas, les recitó varias de sus composiciones poéticas y reclamó para sí, como un título de justicia y de orgullo, su calidad, o mejor su esencia de poeta cristiano y católico. En su vasta producción es fácil encontrar las notas tradicionales de la temática religiosa: versos navideños, marianos, cristológicos, etc. A la resurrección de Cristo, Gerardo Diego canta así en sus "Versos Divinos".

"Es de ingrávigo sueño,
aire o magia refleja
este resplandor súbito,
esta erguida presencia?

Todo en torno se afirma,
se deslumbra, se ciega.
La piedra es más que nunca
piedra, gozosa piedra.

La humana piel confusa
de oscuros centinelas,
tañida del prodigio,
centellea evidencias.

Y el alba, el alba tímida,
tan mojada y tan tierna,
confirma de rubores
su inocencia perfecta.

Otra vez sobre el mundo
la Verdad se hace cierta,
cierta con certidumbre
transverberada, céntrica.

No el aire, no, ni el sueño
ni la magia espejean
este cuerpo armonioso
que fulgura y destella.

Las brisas le acarician,
la tierra le sustenta
y la luz que de él mana
le ciñe y le modela.

Pudiendo ser más leve
que plumas o humaredas,
humana, humildemente
pisa la hierba, y pesa.

Y al goce del suavísimo
tacto, contacto, prenda,
invita —ábranse flores!—
a las yemas incrédulas.

Resurrección! Oh gloria
taladrada y tan nuestra!
Tan de hueso y de carne,
firme, caliente, fresca!

Por tí, Jesús, tan nuevo
hoy con tus cinco estrellas
que en cifra dibujada
tu caridad constelan.

Por Tí, Señor, devuelto
a la luz que te estrecha,
al amor que te ciñe,
al aura que te besa.

Por Ti todo nos canta,
oh divina certeza,
para después del tiempo,
quieta ya primavera”.

El año de 1898, en que empezó a gritar su amargo amor a España la célebre generación que tanto influyó en las letras y en la política de su patria, nacieron los siguientes poetas: Luys Santamarina, Federico García Lorca, Dámaso Alonso, Vicente Aleixandre, Juan José Domenchina y José María Pemán.

Aleixandre, padre de una larga y copiosa prole de imitadores, es, según la atinada definición de Sáinz de Robles, un turbador poeta romántico disfrazado de suspicaz existencialista. Su mundo poético se envuelve en un panteísmo amoroso, aunque reconoce que “no basta, madre, el amor, como no basta el mundo...”

A Pemán no suelen enumerarlo entre los poetas de la promoción de la dictadura; sin embargo es coetáneo de todos ellos y cuando ellos, empezó también a publicar y a descollar como periodista y como ideólogo de un movimiento de unión nacional. Su primer libro: **De la vida sencilla**, data de 1923; el segundo, **Nuevas Poesías**, de 1924.

Empiezo por declarar que actualmente, en España, hay grupos de poetas y de críticos que pretenden desconocer los merecimientos literarios de Pemán, particularmente su poesía y su dramaturgia. En oratoria, le suelen conceder sobresaliente, aunque con una vaga sonrisa de displicencia para el género oratorio; y donde quizás convienen todos en reconocer su señorío es en el campo de los ensayos o artículos breves, llenos de andaluz ingenio y de buen humor.

En su "Confesión General" él mismo admite que su poesía es bastante discutida entre el gran público lector que lo admira y los exquisitos que le hacen ascos, al menos en las reseñas de las revistas profesionales. Ello no obsta para que esos mismos exquisitos, tan reticentes o comedidos en el elogio cuando hablan de frente al público, se manifiesten más efusivamente laudatorios cuando por carta se dirigen al autor. Así es el mundillo de la crítica y la república de las letras!

Pemán tiene su público. Para muchos, que se guían no por la serena lucidez de la mente, sino por prejuicios que nada tienen que ver con lo literario, ese público le perjudica. A ello alude en su "Confesión general": "También suele dogmatizarse acerca de la interferencia perturbadora sobre mi obra de un público demasiado mío y cerrado. Está sentado, para muchos, que yo escribo secuestrado por mi público, que parece ser que es una parcela aristocrático-burguesa-clerical, que me limita y coacciona. Yo admito, naturalmente, la coacción y límite de una formación y unas convicciones que llevo dentro de mí mismo y que no son, ni mucho menos, antivitales, puesto que son, por esencia, vida superada y elevada como es todo lo que roza el mundo de la gracia. Pero rechazo del todo esa persuasión de algunos que creen que cuando yo escribo me está tirando de una manga un jesuita, para que no sea demasiado procaz, y de otra manga una duquesa, para que no sea demasiado demagógico".

Pemán nos cuenta en su "Confesión general" cómo en visperas de publicar su primer libro, "**De la vida sencilla**", fue invitado a dar una lectura previa en el Ateneo de Madrid. Esa lectura no pudo realizarse allí por incidencias políticas, y entonces leyó sus poemas en el Salón de Caballeros del Pilar. Las ovaciones fueron ensordecedoras. Pero él se dió cuenta de que aquellos caballeros, al aplaudirlo, se aplaudían un poco a sí mismos y más que el hallazgo de un poeta, les regodeaba posiblemente, la polémica adquisición de **su poeta**. Empezaba sobre su obra la proyección de la rota y agitada vida política e ideológica de España. Esa proyección es la que nos puede explicar, en raza tan cálida y tan apasionada, la divergencia de criterios para juzgar a Pemán y porque él conoce muy bien el sumbido de las avisvas agresivas y de las abejas melíferas...

Pemán empezó haciéndose famoso con su poesía **El viático**, premiada en los juegos florales de Saulúcar de Barrameda en 1922,

y ha seguido sintiendo y cantando en cristiano hasta hoy, hasta su **Poema de la Bestia y del Angel**, hasta las **Flores del bien**, de las que escribió el novelista Cela, nada sospechoso de parcialidad: "No creo que poeta contemporáneo alguno haya visto más diáfananamente el ser y el sentir de la poesía..."

Uno sabe perfectamente que algunos muchachos de hoy, en España, de esos que miran a los hombres con gafas de color político y se estrujan el cerebro para sudar versos conceptuosos, siguen sentenciando peyorativamente sobre la poesía de Pemán. Pero uno sabe también que su obra ha llegado hasta el corazón de muchos españoles de bien, hasta esa masa española que muchos intelectuales aman sociológicamente y literalmente desconocen... y sabe que Manuel Machado, que entendía bastante de poesía antigua, moderna y eterna, dijo que las **Rimas Sacras** de Pemán lo colocaban al lado de Santa Teresa, de Juan de la Cruz, de Luis de León y que sus dos obras cumbres son **El Poema de la Bestia y del Angel**, cumbre de toda su obra épica, y **Las Flores del bien**, superación de toda su obra lírica.

Y en este breve recorrido histórico nos hallamos ya ante la España convulsa de 1936. Sería empresa soberanamente halagadora y apasionante escribir la historia de la poesía española desde aquella tremenda convulsión que fue nacional por su escenario y ecuménica por sus alcances y complicaciones. Para la poesía internacional de esa época, algunos críticos como Rodríguez Alcalde, anotaban los siguientes fenómenos: el acrecentamiento de la sensibilidad religiosa, el avance de una poesía épica, social y combativa, y el retorno a la pura expresión de los más sencillos y universales sentimientos humanos.

Y es bueno comprobar y verificar que de todo ello se encuentran claros anticipos en la poesía española de la época, que no va a remolque de los figurines mundiales y que en estos últimos años de bloqueo y de orgullosa soledad ha hurgado y ahondado en su propia entraña para darnos su voz y su mensaje propio.

Hacia julio de 1936 había en la poesía española como un compás de espera. La promoción de la dictadura, en madurez espléndida y jugosa, volvía sobre su obra para recopilarla amorosamente como si quisiera coronar un ciclo. Entre 1934 y 1936 varios poetas españoles de primera línea editan la totalidad de su obra lírica: **Segundo Cántico**, de Jorge Guillén; **La realidad y el deseo**, de Luis Cernuda; **Las islas invitadas**, de Manuel Altolaguirre; **Poesía**, de Rafael Alberti; **Poesías completas**, de Juan José Domenchina, y **Canción**, fruto lírico de treinta años, de Juan Ramón Jiménez.

Y en ese momento de plenitud poética, estalla la guerra civil y el 18 de julio desgarr a España, la empapa en sangre y la nimbaba de martirio... Los tres años de cruenta guerra que ensangrentaron toda la espaciosa y triste España operaron un cambio radical en la poesía española que afectó a la forma y al contenido. Desde 1927 Góngora capitaneaba poetas, redivivo tras la celebración de su cente-

nario y como reacción ante su catarata de barroquismo surgió el grupo de "Juventud creadora" bajo el mando de poeta soldado Garcilaso de la Vega. Y sobrevino el período de la maravillosa artesanía poética y de la sorprendente perfección formal.

En cuanto al contenido espiritual vino también la escisión y si es verdad que de un bando quedaron Antonio Machado y Miguel Hernández y algunos de los poetas del exilio que no han vacilado ante la blasfemia en verso, de otro surgió o se reafirmó en su fe una promoción de poetas que eslabonaron con la más antigua, esencial y deliciosa poesía de la España que cantó a Cristo por la boca de sus más altos ingenios y poetas. Una juventud que combatió en los frentes y retornó con amarguras e ilusiones nuevas, impuso una tónica también nueva. Y aparecieron Luis Rosales, Leopoldo Panero, Luis Felipe Vivanco, Dionisio Ridruejo, españolistas y cristianos. Y junto a ellos, Adriano del Valle, recientemente fallecido, y Angel Valbuena Prat, no inferior en calidades estéticas y en religioso fervor.

Rosales, andaluz de Granada, que había surgido en 1935 con su prometedor "Abril", fue uno de los primeros que iniciaron el retorno a Garcilaso. Rosales opone al moderno barroquismo su honda, clara, sutil y noble poesía. Y en su **Retablo sacro del nacimiento del Señor**, 1940, crea un delicioso belén literario con el encanto de una devoción ingenua en el sentimiento y delicadísima en la forma. Engasto aquí dos de sus primeros sonetos. Sea el primero "De cómo fue gozoso el nacimiento de Dios Nuestro Señor".

"Morena por el sol de la alegría,
mirada por la luz de la promesa,
jardín donde la sangre vuela y pesa,
Inmaculada tú, Virgen María.

Qué arroyo te ha enseñado la armonía
de tu paso sencillo, qué sorpresa
de vuelo arrepentido y nieve ilesa
junta tus manos en el alba fría?

Qué viento turba el monte y le conmueve?
Canta su gozo el alma desposada,
calma su angustia el mar, antiguo y bueno.

La Virgen a mirarle no se atreve,
y el vuelo de su voz arrodillada
canta al Señor, que llora sobre el heno..."

El otro soneto canta "De cuán graciosa y apacible era la belleza de la Virgen Nuestra Señora":

"Venid, alba, venid; ved el lucero
de miel, casi morena, que trasmana
un rubor silencioso de milgrana
en copa de granado placentero.

La frente como sal en el estero,
la mano amiga como luz cercana,

y el labio en que despunta la mañana
con sonrisa de almendro tempranero.

Venid, alba, venid. Y el mundo sea
heno que cobra resplandor y brío
en su mirar de alondra transparente.

Aurora donde el cielo se recrea,
aurora tú, que fuiste como un río,
y Dios puso la mano en tu corriente..."

De Leopoldo Panero ha dicho Sáinz de Robles que "todo es trance de fervor, anhelo espiritual, procesión de valores morales, universalidad de conceptos, verdad de entrega íntima". En su "Cántico", dice:

"Gracias os doy, Dios mío, por el amor que llena
mi soledad de pájaros como una selva mía.
Gracias porque mi vida se siente como ajena,
porque es una promesa continua mi alegría..."

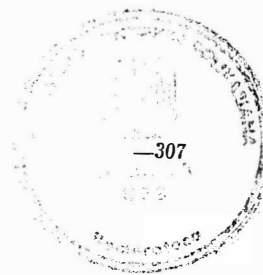
Y en su "Canción entre marzo y abril" se expresa:

"La vida rueda lejos,
Señor, de mi recinto.
Cuando a mi puerta llames,
Señor, iré contigo,
y en el hogar del viento
—igual que es hoy de limpio
como entre abril y marzo—
se quedará dormido
mi corazón alegre
con todo lo que es mío..."

Luis Felipe Vivanco nació en El Escorial en 1907 y es un lírico de calidad excepcional, de aliento concentrado, un poco seco pero de honda emotividad y de una cierta melancolía como las montañas en cuyo declive demora la gran mole de Felipe II. Sus **Cantos de Primavera** florecieron en 1936 y su volumen lírico **Tiempo de dolor** data de 1940. **Tiempo de dolor** tiene cierta semejanza con la forma ondulante de la poesía de Paul Claudel y una religiosidad española del mejor abolengo y de la más noble sinceridad. De su "Canto de alabanza al Santísimo Corpus" son las estrofas que siguen:

"Sí, aquí estás, verdadero, sustancial, complacido,
y cuanto más cercano, más piadoso y más cierto.
Déjame que no entienda que eres Tú, desvalido,
lastimado de amores y de escarcha cubierto.

Aquí estás trasparente por amor, aquí moras
confiado a tu nivea, sensible vestidura,
pues todos los intensos jazmines que atesoras
son un pétalo suave de indefensa blancura.



Déjame que no entienda tu caridad, ni apenas
sepa decir las sílabas que componen tu nombre,
cuando de mi palabra más honda me enajenas
para que en mí termine la vanidad de hombre!

Sobre el trigo moreno quiebra tu albor, y en tanto
que en la oración sosiega mi voz arrepentida,
Tú eres trémula aurora que persiste en su encanto,
virginal y sin huella como yerba cencida.

Y hoy, que el áureo mensaje de su sonrisa crece
y la brisa del mar vuela entre las campanas,
el cielo que más alto y alegre resplandece
se arrodilla entre el júbilo de las almas cristianas.

Más acá de mi ensueño, la dulzura divina
de tu Cuerpo, entroniza su panal en la luz;
pero yo estoy mirando en la flor de la harina,
el dolor invisible de tus brazos en cruz”.

Dionisio Ridruejo, nacido en 1912 en Burgo de Osma, es un lírico neoclásico, autor de sonetos de perfección marmórea y de un vasto mundo poético rezumante de conceptismo. En él se da la manifestación religiosa, aunque no con demasiada frecuencia. Podemos recordar aquí su soneto a la Virgen al pie de la cruz, su soneto a la Anunciación de Nuestra Señora pintada por Leonardo de Vinci en Florencia y el dedicado a Nuestro Señor Crucificado.

Por lo demás, en su obra subyace el sentido religioso, como la ha probado suficientemente y con fino análisis Pedro Laín Entralgo en su estudio: **El espíritu de la poesía española contemporánea**. Para Ridruejo el tiempo no es más que un repliegue hacia la eternidad del hombre en Dios:

“Ya cada día nazco
seguro de nacer contra la muerte
y cada día canto y me embeleso.
Tengo lo que me das y es suficiente.
Dichoso estoy del ave y de la estrella,
de la flor, y del alba y de los hombres
que se dejan amar aunque no amen.
Líquido estoy, Señor, y en tí confluyo.
De piedra soy, Señor, y en tí me fijas.
Fluyente mientras Tú me abundas tanto,
invulnerable mientras Tú me tengas...”

Hace unos días tan solo la prensa colombiana notificó la muerte de Adriano del Valle, gran poeta y prosista en quien se aunaban sangre sevillana e italiana. Fundador y director de revistas literarias, ganador infalible de certámenes y de premios, se inició como lírico dentro del neoclásico para venir a convertirse en vivo y delicioso continuador de la tradición barroca española del siglo XVII. Su primer libro: **Primeros partátiles** salió en 1934; y **Lyra sacra** en 1939. Adriano

del Valle pone en toda su poesía una sugestiva y alada gracia andaluza y una luminosidad de medio día. En su *Lyra sacra* se da con el romance lleno de ternura suave, de imágenes felices, de fina musicalidad. En 1941 apareció *Arpa fiel*, del cual sentenció el maestro Dámaso Alonso: "Su libro *Arpa fiel* ha salido múltiplemente polarizado hacia diferentes hitos de una misma y profunda fidelidad esencial: hacia su patria, hacia su fe, hacia la mujer de nuestra raza".

En su romance: **Fidelidad de María** Adriano del Valle canta así:

"Con luz de estrella dormida
y olor de jazmín que sueña,
con olor de flor pequeña,
te nimba la noche huída.
La mañana adormecida
te nimba con su plumaje,
y en el aire, en el ramaje,
Inmaculada María,
te nimba la algarabía
pajarrera del paisaje..."

Esta décima mariana de Adriano del Valle nos atrae hacia un remolino apasionante: hacia el tema de lo mariano en la actual poesía española. Pero imposible adentrarnos. Quede aquí la sugerencia como posible tema para otra disertación...

He observado y extrañado que en los estudios varios, no muy abundantes, que en estos años han sido consagrados al sentido religioso en la actual poesía española, se suele preterir el nombre de Angel Valvueda Prat. Y la explicación de este fenómeno, que no creo malintencionado, quizás pueda cifrarse en la multiplicidad de facetas de este gran letrado. "Valvueda Prat, nos advierte Sáinz de Robles en su **Panorama Literario**, (II), ha sido encasillado como investigador y crítico literario. Y no es que no lo sea, y excelentísimo. Pero Valvueda Prat ha escrito novelas, ensayos y poemas de muy subido valor y de innegable originalidad. Y los sigue escribiendo. Sin embargo, nadie se acuerda de él cuando se habla, se escribe o se "antologiza" de ensayos, de poemas o de narraciones". No quiere uno caer en semejante olvido. Tanto más que Valvueda Prat es un lírico eminentemente religioso. Pues como anota el mismo Sáinz de Robles "a este gran escritor solo le precupan, para poetizar, Dios, la muerte, el pecado, y anda lleno de nervios y de repeluznos entre la contrición y la atrición".

Quedan aquí algunos de sus títulos: sonetos al Cristo de Rafael, al Cristo del Greco, al Cristo del IV Evangelio, a Jesús en primavera, oración del afianzamiento y soneto barroco a la Asunción.

El soneto al Cristo del Greco dice así:

"Jesús de la inquietud y la agonía,
de la sombra y la nube, yo te invoco,
llama en los cuadros del cretense loco,
descoyuntado y sin anatomía.

Líbrame de este siglo que porfía
por hacerme de piedra. Soy tan poco
para ser firme! Y cuanto veo y toco
se alarga en un temblor de melodía.

Contigo, sin el orden y el diseño,
en mi carne de aflicto penitente
de lágrima, crepúsculo y ensueño,

se grabará el dolor onnipotente,
como punzante clavo de tu leño,
como sangrienta espina de tu frente”.

Seguramente el cuadro asuncionista del Greco inspira también su soneto barroco a la Asunción:

“Plata de candelabros retorcidos,
hilo de seda y llama voladora,
luna en diadema, túnica de aurora,
rayos de sol al pedestal ceñidos.

Pluma de cisnes y ángeles. Tañidos
de dorado metal, pompa sonora,
palio de estrellas. Sube la Señora
a los cielos combados y partidos.

Bajo el signo de tálamo y ojiva,
grupo de fe, manos en alto, apura
señas de ausencia, muerte fugitiva.

Y del recuerdo de la Virgen pura
—nieve de mármol y guirnarda viva—,
brotan las rosas de la sepultura”.

Como es posible percibir, a la poesía religiosa llega Valvueda Prat saturado de sabiduría y de cultura; pero ello no empece para que en otras de sus canciones haya solo vibración de vivencia personal y para que en todo su quehacer poético, transido de emociones y lujoso de forma, ponga una inquietud y una gran angustia espiritual. A él se debe también una magnífica “**Antología de Poesía Sacra Española**”, publicada en 1940.

Terminada la contienda española, en los 18 años que España lleva viviendo, trabajando y reconstruyéndose, se ha visto florecer nuevamente la más lujosa primavera poética y son centenares las voces nuevas que en España derrochan su caudal lírico. Ninguna de ellas soslaya el tema religioso, ya sea el simplemente espiritual, el que se estremece con los eternos interrogantes humanos de la muerte, del más allá, del dolor, ya sea el explícitamente sobrenatural, cristiano y católico.

Desde Jorge Manrique, el que cantaba:

“Nuestras vidas son los ríos
que van a dar a la mar
que es el morir...”

hasta Manuel Alcántara, que nos dice tan bella y profundamente:

“Dentro de poco se dirá que fuiste,
que alguien llamado así vivió y amaba...
Ser hombre es una larga historia triste
y un buen día se acaba...”

la poesía española ha temblado siempre ante la presencia alucinante de la muerte.

Carlos Bousoño, de quien adelante diremos, en su prólogo a la edición póstuma de los poemas de Bartolomé Llorens, anota poéticamente esa lírica atracción hacia la muerte que han sentido los jóvenes poetas españoles: “Sí, sobre nuestra juventud parece que también brilla, ciega y desnuda, la estrella blanquísima de la muerte. Nuestros poetas jóvenes miran el lucero pálido alucinadamente. Lo cantan con rencor o tristeza, con resignación o sabiduría. La estrella sigue brillando. Sobre el cielo de España, la muerte da su sagrada luz desnuda. Los poetas de España, bajo el cielo de la muerte, alzan la cabeza somnolienta, o se inclinan bajo el viento impregnado, mortal...” Así en su prólogo a **Fuente Secreta**.

Testigo de esta atracción puede ser José Luis Hidalgo, que vivió lleno de presentimientos de caducidad y realmente de 1919 a 1947 llenó muchos días como dice la Escritura de los jóvenes prematuramente agostados. En el libro: **Vida y sentido de la poesía actual**, de Leopoldo Rodríguez Alcalde hay un capítulo casi enteramente dedicado a José Luis Hidalgo y que lleva por título: **Recuerdo de un poeta o memorias de una generación**. De José Luis es el libro **Los muertos**, 1947. Y a propósito de ese libro trunco, pero profundamente impresionante, afirma Rodríguez Alcalde: “José Luis, arrodillado ante los muertos, sintió también el misterio desolador de un más allá que no acertaba a ver como mansión divina: le atenazó la duda, que ya no es la absoluta incertidumbre de los románticos, sino el resplandor difuso de algo que todavía no dice su nombre a las almas que dejaron de mirar al cielo... José Luis, alma religiosa, sedienta de fe, intuyó la mano de Dios que se mueve sobre las sombras de la muerte: en medio de la silenciosa llanura dejó oír su grito, y por ser poeta, este grito cristalizó en una breve serie de magníficos poemas: **Los muertos**.”

“Nadie, entre los poetas españoles contemporáneos, se ha enfrentado con más trágica audacia con el insondable misterio: ninguno, según creo, ha adoptado ante la muerte actitud más patéticamente humana. La muerte se ha convertido en obsesión de poetas, entre los cuales se cuentan los mejores, y es difícil abrir hoy un libro de versos, sin encontrar la fatídica palabra, que acabará por sonar a tópico”.

Su poema “Los hijos” reza así:

“Yo quisiera morir cuando ya tenga
mi sangre en otras sangres derramada
y ya mi corazón sea semilla
que florezca su flor en otra rama.

Porque entonces, Señor, mi tronco seco
sin la savia de Tí, se irá a la nada,
pero las ramas altas de mi vida
seguirán por tu luz alimentadas.

Y pasarán los años; mi madera
sobre el suelo caerá por tí talada
y en su carne, ya tierra para siempre,
crecerán las raíces de sus ramas.

Así podré tenerte, con mis hijos
podré llegar a Tí; por sus palabras,
podré llorar de Tí, podré soñarte
buscando en el futuro tus entrañas.

Pero si no es así, si en mí se ciegan
los ríos de la sangre que te cantan,
jamás te encontraré porque los muertos
están muertos y mueren y se acaban...”

También por el bosque de la poesía española ha pasado agitador y gemebundo el soplo de lo existencial. Y uno de los más connotados testigos de ese paso es el libro “**Vientos de la angustia**”, del poeta Alejandro Gaos, publicado en Valencia en 1947, en igual fecha que **Los muertos**, de Hidalgo. Se ha pretendido que lo existencial es lo eterno. Habría que distinguir o siquiera matizar. El dolor es de siempre; la angustia es morbo y anomalía de una hora de la historia. Todo lo que de bueno tiene el dolor para afinar el alma y hacer eterno su grito, eso mismo tiene de nefasto la angustia para cegar las pupilas más claras. Eterno es el dolor de Job. Del dolor de un espíritu sano emergen Edipo, Hamlet y don Quijote; de la angustia de Kierkegaard o de Unamuno nacen fantasías que gritan y gesticulan frente a la nada que amenaza con tragarlos y absorberlos.

Vientos de la angustia, poemario signado por una palabra de moda, no es más que un grito de ese eterno dolor del hombre que ha sentido tempestades recias en su corazón, pero no ha olvidado a Dios con quien acaba dialogando. Leyendo sus versos uno cree, a ratos, oír la vez magníficamente dolorida de nuestro Rafael Pombo.

“No sé tu nombre, acecho tu presencia,
no sé si arrastras vida o desconsuelo,
si eres camino o fin de mi ternura,
cima o abismo, pesadumbre o beso.

Y nunca llegarás, tu lejanía
constantemente sonará en mi pecho,
como el viento en las ramas que lo ignoran
a pesar de que cantan su misterio.

Y seguiré sufriendo y esperándote,
y tú siempre estarás lejos, muy lejos,
en ese espacio que el corazón ama
donde tiemblan las luces del deseo.

Y yo te llamaré con grito agudo,
con voz de hoguera, con amor de ensueño,
desde la orilla de mi desventura,
desde la servidumbre de mi cuerpo.

No te conozco pero ya te amo,
impalpable visión, vivo tormento,
trémula noche de mi fantasía,
socorro de mi sed, mi cielo abierto”.

Y el que expresa así sus luchas íntimas se encuentra después implorándole a Dios en “Himno desesperado”:

“Al pie de tu silencio cantamos todavía.
Sepáranos del cuerpo que ya no soportamos,
de estas hondas heridas donde brota el suplicio.
Señor, rasga los cielos y que se haga el milagro!”

Y en otro momento dice con inefable belleza:

“Deja que al fin oigamos tu derramada música
más alta que el oscuro rumor de nuestros cuerpos...”

Para terminar con esta invocación que estremece:

“A Tí acudimos, Señor,
con las voces en tinieblas.
Arráncanos ya la vida,
súbenos a las estrellas”.

La poesía de Alejandro Gaos nos trae, sin poderlo evitar, el recuerdo de otro maravilloso y conturbador poeta del mismo apellido: Vicente Gaos, nacido en Valencia en 1919 y autor de los libros poéticos: **Arcángel de mi noche**, sonetos, 1943 y **Sobre la tierra**. De él nos dice Sáinz de Robles en su **Antología**: “Lírico hondo y grave, dominador de la forma clásica, pero con un moderno juego de imágenes. Se hallan en él ciertas influencias de Unamuno en cuanto afecta a la concepción, al ímpetu y a la preocupación religiosa”.

De **Poesía Española**, noviembre 1955, espigamos estos tres sonetos hervorosos de pasión interior.

La vida

Los ardorosos signos de la vida
palpitan en el aire del verano.
El mar alienta como un ser humano,
como una criatura enardecida.

Oh gozo, gozo, amor, sangre encendida,
cósmica vibración de un mundo arcano,

mundo que siento en tí, al tocar mi mano
tu delicada sien estremecida.

Te quiero, sí, te quiero, sueño fuerte,
cierro los ojos y te siento entera
—oh luz hermosa y ciega de la muerte.

Ultima fiebre de la primavera...—
Cierro los ojos porque quiero verte.
Oh Dios, haz que la vida nunca muera!

Vida del hombre

La vida no es hermosa, no. La vida,
su cósmico dolor sobre mí pesa.
La vida es una inmensa sombra espesa
que envuelve al alma, en carne ya dormida.

De noche el cielo, qué es sino una herida,
un vasto hueco, una profunda huesa
a donde irá a parar el alma, hoy presa
también en esta noche estremecida.

Del cuerpo, en este hueco, en esta hondura,
sí, en este abismo de la carne, acaso
más hondo todavía que el del cielo?

Oh vida entre dos simas de locura,
Doble noche del hombre a cielo raso
que vive erguido, a ciegas en su anhelo.

Después de la belleza

Me estás llamando, oh Dios, tu voz resuena
aquí, en mi corazón, cerradamente.
Reza tu mano mi impasible frente.
Te siento en lo profundo de mi pena.

Más la pasión ha roto su cadena.
Mira qué desdichado está Vicente.
Le estás llamando. Pero no te siente,
no escucha, no, tu voz que le condena.

Y sin embargo, llamas aún... Me llamas,
te escucho, sí, te siento. Deja, deja
que con tu voz mi sorda carne luche.

El árbol gemirá en sus secas ramas.
Roturará mi barro tu honda reja.
Llámame siempre aunque jamás te escuche!

Durante un curso universitario, si mal no recuerdo hacia 1946,
fui asesor de Acción Católica Universitaria en la Facultad de Filosofía y Letras, de Madrid. En tal coyuntura, me fue dado conocer a va-

rios jóvenes que ya entonces prometían grandes sorpresas para las letras. Entre ellos, Alfonso Albalá, militante de Acción Católica, y José María Valverde que un año antes se había revelado como todo un poeta con su **Hombre de Dios**.

Sobre Alfonso Albalá se ha escrito muy poco. Lo considero, sin embargo, un poeta cristiano de primera calidad. El es de los que han sabido entrever el secreto inefable de la poesía y decirlo con el corazón en gracia. El hechizo de su poesía no se cifra tanto en su disciplina y en su sonora arquitectura, pues hay versos suyos que tienen cierta dureza castellana, cuanto en su alteza de miras y en su hondura de alma. El verso de Albalá es sobre todo idea, espíritu. Dos son hasta ahora, que sepamos, sus libros de versos publicados: **Desde la lejanía** (1949) y **Umbral de armonía** (1952) accésit del premio Adonais.

Para Albalá, la poesía es —según él explica— como un viaje de regreso que empieza cuando caemos en la cuenta de que estamos solos, solos y de camino. Quizás en este caminar sea el paisaje la primera noticia de Dios con que el poeta tropieza. Leyendo "**Desde la lejanía**" se alcanza a percibir que la poesía de este joven lírico es, efectivamente, noticia de Dios, pero comunicada en un lenguaje de suma depuración y limpieza. Su verso nos llega casi siempre castamente desnudo, como el paisaje de su nativa Extremadura. "Mi paisaje natal, ha dicho él en alguna ocasión, me ata a otro mundo donde las cosas son sencillas y un poco bravas, con esa tosquedad viril y un poco aparentemente hosca de la geografía extremeña".

Albalá se ha nutrido de versículos de la Escritura, de sensaciones de su escueta comarca natal y de su propio fondo religioso, bien cultivado, que le guía como una estrella. Sus versos son sinceridad, puro reflejo de sí mismo, serenidad de paisajes limpios y ternura cristiana:

"Este mundo me sabe ya a tristeza,
pero amo al mundo porque soy cristiano..."

José María Valverde es uno de los valores nuevos de la poesía española. Nacido en Extremadura, como Albalá, allá hacia 1926, desde niño ha vivido en Madrid, estudió en la Facultad de Filosofía y Letras y actualmente desempeña en Barcelona la cátedra de filosofía de la Estética. Valverde es poeta voluntariamente difícil y desasosgado por sus intuiciones tan hondas, tan serias y tan cristianas. Bajo el título **Hombre de Dios** publicó su primer volumen en 1945, es decir, a los 19 años de edad. Es alto, enjuto, de faz aguda morena. Y habla con aplomo y mesura. En 1949 publicó **La Espera**, que fue premio nacional de poesía, y últimamente **Versos del domingo**. Se le ha llamado "el poeta asombrado". Hablando con Dios, le dice:

"Ya ves que por nosotros es sonora la vida,
igual que por las piedras lo es el cristal del río.
Tú no has hecho tu obra para mirarla en silencio...
Por eso nos has puesto a un lado del camino
con el único oficio de gritar asombrados..."

Según el mismo Valverde define, **Hombre de Dios** era una obra vehemente, debatida entre las preguntas íntimas del alma y más interesada en dar voz a unas congojas espirituales que en el logro de los poemas en sí mismos. Ahí estaba su posible interés y al mismo tiempo su peligro: aprovechar la forma de la oración para la poesía es apoyarse en un seguro resorte anímico, pero puede empobrecer el horizonte lírico.

La Espera, ya no es solo oración, salmo o elegía. No se trata de gritar hacia Dios, queriendo verle y sentirle por debajo de nuestra inseguridad; se trata de servirle, simplemente, percibiéndole en la luz misma de la vida y de las cosas cuando las contemplamos en lo que ellas mismas son.

Versos del domingo está formado de estampas, retratos, paisajes íntimos y cánticos, todo ello en una línea que podría llamarse épica. El poeta, en estas últimas creaciones, ha querido limitar el empeño de cada poema a su terreno propio sin pretender, como en la adolescencia, resolver vida y muerte, cielo y tierra en cada composición. Porque piensa él que la misión de la poesía no es explicar ni definir, sino echar luz por encima de las cosas y de la vida para que ahondemos más en su inagotable realidad, entre cuyas aguas vivas nos llega el latido de Dios, el rumor de su promesa.

Valverde, al mismo tiempo que poeta, es hombre de extensa e intensa cultura y ha escrito en prosa: **Estudios sobre la palabra poética** (1952) y **Guillermo de Humboldt y la filosofía del lenguaje** (1954).

En los versos finales de su segundo libro **La Espera**, Valverde ha reconocido el influjo de la lectura de los más egregios poetas hispanoamericanos, como César Vallejo, Pablo Neruda y Gabriela Mistral, particularmente en la adquisición de un sentido paladeable de cada palabra, de un nuevo amor por lo pequeño y vulgar de nuestra vida. "Nunca —dice— acentuaré bastante mi agradecimiento a la lengua poética de Hispanoamérica, en este momento la más vital y cargada de futuro de todo el mundo..."

De su libro primero "Hombre de Dios", tomaremos el "Salmo inicial":

"Señor, no estás conmigo, aunque te nombre siempre.
Estás allá, entre nubes, donde mi voz no alcanza,
y si a veces resurges como el sol tras la lluvia,
hay noches en que apenas logro pensar que existes.
Eres una ciudad detrás de las montañas.
Eres un mar lejano que a veces no se oye.
No estás dentro de mí, siento tu negro hueco
devorando mi entraña como una hambrienta boca.

Y por eso te nombro, Señor, constantemente,
y por eso refiero las cosas a tu nombre,
dándole latitud y longitud de Tí.
Si estuvieras conmigo yo hablaría de cosas,
de cosas nada más sencillas y desnudas,
del cielo, de la brisa, del amor y la pena.

Como un feliz amante que dice solo: "Mira
qué pájaro, qué rosa, qué sol, qué tarde clara..."
y vierte así en la luz de los nombres su amor.

Pero, no. Tú me faltas. Y te nombro por eso.
Te persigo en el bosque detrás de cada tronco.
Te busco por el fondo de las aguas sin luz.
Oh cosas, apartaos, dame ya su presencia
que tenéis escondida en vuestro oscuro seno!
Marcado por tu hierro, vago por las llanuras,
abandonado, inútil, como una oveja sola...
Hombre de Dios me llamo, pero sin Dios estoy..."

Junto con Valverde hay otro poeta joven que ha afirmado paladinamente su catolicismo. Me refiero a Carlos Bousoño, nacido en Boal de Asturias en 1923. Cursado bachillerato en Oviedo fue a Madrid a estudiar en la Facultad de Filosofía y Letras. Ha publicado dos libros de poesía: **Subida al amor**, (Adonais, 1945) y **Primavera de la muerte**, en la misma colección, con prólogo de Vicente Aleixandre. Bousoño se ha especializado en los estudios de estilística, en que tan escasos precursores tiene en España, fuera de su maestro Dámaso Alonso, y del profesor salmantino Zamora Vicente. Dos son hasta ahora sus libros en prosa: "**La poesía de Vicente Aleixandre: Imagen, estilo, mundo poético**" y "**Seis calas en la expresión literaria española**", en compañía de Dámaso Alonso, colección Gredos 1951. Bousoño es catedrático de estilística en la Facultad de Filosofía y Letras de Madrid. Y en él, mas que un conflicto se da una duplicidad de vocaciones: la de poeta y la de crítico, la de intuitivo y la de analizador. De ahí que sea un magnífico poeta-crítico. Los estudiosos de su producción de poeta han querido emparentarlo con Unamuno y con Machado. Con el primero, por el sentido agónico de la existencia; con el segundo por su vivencia del tiempo. Nuestro poeta colombiano Cote Lamus, en interesante página dedicada a su amigo Bousoño, hace notar cómo la obsesión de los muertos cruza también por la poesía de este lírico tan sensible.

"Por la tierra y el viento muertos hablan.
Así mañana hemos de hablar nosotros..."

Por eso a veces absorto veis mi rostro
acariciado por los desaparecidos.
Ellos susurran en los oídos del adolescente
lo que se puede esperar de la vida..."

Bousoño es lírico de hondísima raíz hundida en la temática religiosa que hasta ahora es la preferida suya y en la que tiene algo de la voz ardiente y de las metáforas arduas y fulgurantes de la Biblia. En su primer libro **Subida al amor**, publicado a los 18 años, Bousoño canta a Cristo, el del Evangelio y el Calvario, y no a esa vaga divinidad nazarena a quien tantas cosas malifluas y aun ridículas dijeron los decendientes.

El viento

Gimiente y dulce, el viento, venturoso,
viene de Dios y puro en Dios termina.
Lleno de cielo va. Miradlo hermoso
de luz cargado y de esencia divina.

Gozo arranca de todo en lo profundo.
Largo de dicho su quejido suena.
Cielo total, bajo su soplo el mundo
aparece. Luz trémula lo llena.

El viento, el viento! Loco trastornado,
"soy la luz", digo. Nunca el viento cese.
El viento besa, pasa y olvidado,
canto feliz como si el viento fuese...

Vas hacia Dios. Oh no, nunca te paras!
Mi palabra de amor llévale entera,
llévale rosas, frescas rosas claras
y los perfumes de la primavera...

En resumen y para acabar: "En la actual poesía española —dice Laín Entralgo— late un mismo espíritu, prevalece una misma orientación frente a los problemas cardinales de la existencia. Ese espíritu común podría definirse mediante sus dos notas más esenciales: Es una poesía del hombre entero y además viene henchida de honda y deliberada religiosidad cristiana".

Laín Entralgo explica así esta doble afirmación:

"Poesía del hombre entero. No siempre ha sido así. Recordemos la poesía española entre 1926 y 1928. Su calidad estética y su perfección formal eran altísimas; pero era humanamente incompleta; le faltaban en ella no pocas provincias del corazón. "La generación del centenario de Góngora, atestigua Valverde, nos ha dejado una prodigiosa explotación de lo **puro**, poesía pura (Guillén) o gracia pura (Lorca), pero no algo que pueda adquirir para nosotros los herederos rangos de un orden espiritual". ¿Cuándo aconteció el viraje hacia la preocupación poética por los problemas del hombre entero? Según Dámaso Alonso hacia 1930; según Laín Entralgo el momento en que ya es plenaria la conquista del hombre entero por la poesía española hay que ponerlo en el poema de Luis Rosales titulado **Misericordia**, año 1935, páginas finales del libro **Abril**. "Desde entonces todos los motivos de una existencia íntegramente humana: la religiosidad, el amor, las formas de convivencia entre los hombres, la pasión, la contemplación del mundo, la intelección de la vida y de las cosas, la muerte, las gracias del vivir cotidiano, el contenido de la intimidad, reaparecen en la obra de los poetas españoles.

"La segunda nota definitoria de la actual poesía española es su honda y deliberada religiosidad cristiana. No que sea apologética,

sino simplemente religiosa y cristiana. Y es cristiana líricamente, desde dentro, no para conseguir *ad extra* un objetivo distinto del puro cántico. Puesto el poeta frente a cualquier problema humano —la belleza y la significación del mundo exterior, el amor, la realidad del prójimo, el propio vivir, la muerte, nuestra finitud ávida de infinito— en las palabras con que expresa su intuición poética transparece inequívocamente una interpretación cristiana”. Y concluye hermosamente el maestro Laín Entralgo: “Mientras las fuerzas de la carne hacen estremecer los quicios del planeta, ese sentido de la vida humana, servido por un entero corazón, es lo que nosotros ofrecemos al mundo y defendemos del mundo”.

Y con esto termino. Ahora sería ocasión de entrar en un tema incitante. Y es: que la poesía española ha encontrado hoy una legión de cultivadores de exquisita calidad entre los hombres consagrados a Cristo en el sacerdocio y en la vida religiosa. No son ya los copleros devotos que desprestigiaban a la poesía y a la Iglesia con sus rimas y su tonalidad anacrónicas perfectamente deplorables. Se trata de una legión de líricos que no retroceden ante la última exigencia vanguardista y que saben y quieren cantarle a Dios y a este mundo sumergido en las luces de Dios, con la sensibilidad y la palabra del momento, con un clamor en nada diferente al de sus demás hermanos los hombres.

El futuro historiador de la poesía española habrá de registrar este fenómeno literario de la España de 1957: la cantidad y la calidad de revistas y de agrupaciones poéticas que en los seminarios y en los centros de formación de religiosos se están sumando, con perfecto decoro, al maravilloso quehacer poético de la España renovada y resurgente.